

El epílogo de tu vida: ¿cómo terminarás tu historia? | Predicación Javi Jiménez

El epílogo de tu vida: lecciones de 1 Corintios 16

El epílogo es aquello que se expresa al finalizar un libro y funciona como una síntesis o conclusión de una historia. De manera semejante, las últimas palabras de una persona pueden resumir las enseñanzas fundamentales de toda una vida. Cuando un padre se encuentra en el lecho de muerte, suele reunir a sus hijos para transmitirles aquello que considera más importante, las lecciones que desea dejar como legado.

El libro de Primera de Corintios es especialmente conocido por su capítulo 13, donde se destaca la preeminencia del amor, un amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta, y que nunca deja de ser. La iglesia de Corinto poseía numerosos dones, talentos y un amplio conocimiento de la Palabra de Dios, pero necesitaba aprender a vivir desde el amor. Por eso, Pablo concluye su carta con una serie de exhortaciones que siguen teniendo una profunda relevancia: velar, permanecer firmes en la fe, esforzarse y hacer todas las cosas con amor.

Este mensaje final nos invita a reflexionar sobre cómo estamos viviendo, qué fundamentos sostienen nuestra existencia y qué clase de huella deseamos dejar. El verdadero desafío no consiste únicamente en comenzar bien, sino en perseverar hasta el final sin perder la fe, la integridad ni la capacidad de amar.

El sacrificio continuo y el fundamento en Cristo

Predicar la Palabra de Dios es una tarea compleja que requiere inspiración y un conocimiento profundo de las Escrituras. Para comprender mejor esta responsabilidad, podemos considerar el sacrificio continuo del Antiguo Testamento, que se ofrecía cada mañana y cada tarde durante todo el año. Este sacrificio incluía un cordero, harina, aceite y vino, elementos que permiten ilustrar distintas dimensiones de la predicación.

El cordero representa a Jesucristo, quien debe ocupar el centro de todo mensaje. Cristo es el fundamento y la columna principal de la predicación. Sin Él, el mensaje pierde su esencia, porque no se trata simplemente de transmitir ideas o conocimientos, sino de anunciar a quien constituye el centro de la fe cristiana.

La harina, representada en forma de pan, simboliza el aspecto intelectual de la predicación. La enseñanza debe dirigirse también a la mente, ofreciendo verdades que puedan comprenderse, memorizarse y ponerse en práctica. El vino, por su parte, representa las emociones, pues la Palabra también debe conmover e inspirar a quienes la escuchan. El aceite simboliza el aspecto espiritual y profético del mensaje, capaz de penetrar profundamente en el ser humano y revelar las intenciones del corazón.

La dificultad de predicar radica, entre otras cosas, en la diversidad de las personas que escuchan. Cada congregación reúne diferentes culturas, edades y niveles de conocimiento. Por eso, comunicar la Palabra exige sabiduría y sensibilidad para alcanzar a quienes escuchan. A pesar de los desafíos, la tarea consiste en animar y exhortar a los creyentes para que continúen adelante, manteniendo a Cristo como fundamento y procurando que el mensaje llegue a la mente, las emociones y el espíritu.

Cómo despertar del adormecimiento espiritual

La exhortación bíblica a velar significa mantenerse despierto y vivir con plena conciencia. No se trata solamente de estar físicamente despiertos, sino de evitar el adormecimiento espiritual que puede producir una vida dominada por las noticias, las emociones, las sensaciones y las distracciones constantes.

La sociedad contemporánea ofrece innumerables formas de entretenimiento que pueden mantener a las personas ocupadas sin dejarles espacio para la introspección, la profundidad y la búsqueda de lo esencial. En medio de tantos estímulos, existe el peligro de vivir de manera superficial, sin detenerse a considerar el propósito de la existencia ni la trascendencia de nuestras decisiones.

Uno de los asuntos que con frecuencia se evita es la reflexión sobre la muerte y el encuentro con el Señor. Sin embargo, la conciencia de que nuestra vida es limitada debería ayudarnos a organizar nuestras prioridades y vivir con una perspectiva eterna. El libro de Eclesiastés destaca la importancia de que el sabio considere en su corazón la muerte y la trascendencia.

Despertar espiritualmente implica reconocer que muchas de las cosas que parecen ocupar el centro de nuestra vida son pasajeras. El tiempo transcurre rápidamente y la existencia terrenal es breve. Por eso, las posesiones, las relaciones y los disfrutes de este mundo no deben convertirse en aquello de lo que depende toda nuestra felicidad.

La Biblia no prohíbe disfrutar de la vida, pero advierte contra una existencia dedicada exclusivamente a buscar el placer y evitar el dolor. El problema no está en disfrutar de las cosas buenas, sino en convertirlas en el propósito principal de nuestra existencia. La vida requiere una

perspectiva que vaya más allá de la satisfacción inmediata y nos permita reconocer aquello que verdaderamente tiene valor.

El despertar del sueño espiritual requiere, en ocasiones, ser sacudidos de nuestra comodidad. Esta labor se atribuye al Espíritu Santo, que nos ayuda a reconocer la realidad, comprender el tiempo que nos corresponde vivir y recuperar la conciencia de lo esencial. Velar significa, por tanto, vivir atentos, con discernimiento y con la mirada puesta en aquello que trasciende lo temporal.

Cómo permanecer firmes en la fe ante las pruebas

La Biblia exhorta a los creyentes a mantenerse firmes en la fe. Para hacerlo, es necesario contar con un fundamento sólido sobre el cual apoyar la vida. Cuando una persona carece de esa base, puede experimentar una profunda inestabilidad en sus relaciones familiares, sociales y personales, especialmente cuando llegan las dificultades.

Una relación duradera no puede sostenerse únicamente sobre las pasiones de la juventud o sobre promesas pronunciadas con entusiasmo. Un matrimonio de más de cuarenta años necesita algo más profundo que las emociones iniciales: necesita un fundamento firme en Dios. Los sentimientos pueden cambiar y las circunstancias pueden volverse difíciles, pero una vida cimentada en Cristo cuenta con una base que no depende exclusivamente de lo que se siente en cada momento.

Esta firmeza adquiere una importancia especial cuando aparecen pruebas extremas, como una enfermedad o la pérdida de un hijo. Son situaciones capaces de sacudir profundamente a una persona y poner a prueba una relación. En medio de ese dolor, la fe en Dios puede convertirse en el fundamento que permite seguir adelante sin que toda la estructura de la vida se derrumbe.

Cuando la existencia se apoya únicamente en emociones, sentimientos, filosofías o buenas intenciones, las tempestades pueden hacer tambalear aquello que parecía seguro. En cambio, cuando Dios ocupa el lugar central, existe una base desde la cual afrontar los conflictos y perseverar. Esto no significa que desaparezcan el sufrimiento o las dificultades, sino que la persona dispone de un fundamento espiritual para atravesarlos.

La perseverancia en el ministerio y la fidelidad a la familia durante décadas son ejemplos de que es posible mantenerse firme a lo largo del tiempo. La invitación consiste en imitar a quienes siguen a Cristo y aprender de su constancia. Cualquier persona puede aspirar a permanecer fiel a Dios y a sus compromisos cuando coloca sus pies sobre la roca que es Cristo.

Qué significa portarse varonilmente según la Biblia

La exhortación de Pablo a portarse varonilmente se relaciona con cualidades como la lealtad, el coraje, la valentía y la integridad. El mensaje presenta estas características como una invitación a vivir de manera firme y confiable, manteniendo los compromisos incluso cuando las circunstancias resultan difíciles.

La cobardía, la deslealtad y la traición representan actitudes contrarias a esa forma de vivir. Frente a ellas, se propone una trayectoria caracterizada por la estabilidad y la coherencia, de manera que los demás puedan encontrar en nosotros una referencia segura, semejante a un faro que orienta a quienes están perdidos.

La verdadera fortaleza no consiste simplemente en mostrar valentía en un momento concreto, sino en ser una persona confiable a lo largo del tiempo. La integridad se demuestra

especialmente cuando aparecen los conflictos, cuando cumplir la palabra resulta costoso o cuando sería más fácil abandonar los compromisos asumidos.

La nobleza también ocupa un lugar fundamental en esta reflexión. Ser noble implica no tener doblez ni doble ánimo, no presentarse de una manera ante unas personas y actuar de otra forma a sus espaldas. Una persona noble es previsible en el sentido de que su conducta mantiene una línea reconocible de honestidad y coherencia. Los demás pueden confiar en ella porque no necesita recurrir al engaño, la mentira, la hipocresía, la ambigüedad o el cinismo.

Ser cristiano no significa ser perfecto, sino procurar una conducta transparente y honesta. La integridad no exige carecer de errores, sino vivir sin ocultar deliberadamente la verdad ni construir una imagen falsa de uno mismo.

Esta enseñanza también contrasta con la actitud de los antiguos sofistas, quienes terminaron dando prioridad a la victoria en los debates intelectuales por encima de la búsqueda de la verdad. Una dinámica semejante puede observarse cuando las discusiones políticas o sociales se convierten en una competencia por ganar encuestas, imponer argumentos o convencer mediante la retórica, sin que importe necesariamente la verdad.

El cinismo aparece cuando la capacidad de confundir a los demás y cuidar las apariencias se coloca por encima de la honestidad. Frente a esta actitud, la exhortación bíblica llama a vivir con valentía, nobleza y transparencia. La verdadera fortaleza se manifiesta en una vida coherente, en la que las palabras y las acciones permanecen unidas.

La instrucción que David dio a su hijo Salomón antes de morir también recoge esta idea: esforzarse y ser hombre. La valentía se presenta así como una cualidad que debe acompañar la responsabilidad, la fidelidad y el compromiso con aquello que

se considera justo.

Cómo renovar las fuerzas en los momentos de cansancio

El cansancio físico y emocional puede acumularse con el paso de los años y después de atravesar numerosas batallas personales. A medida que la vida avanza, las responsabilidades y las decepciones pueden producir un agotamiento que dificulta mantener la disciplina, corregir lo que necesita cambiar y continuar ejerciendo las responsabilidades personales y espirituales.

Sin embargo, el cansancio no elimina la necesidad de perseverar. La exhortación a esforzarse invita a no bajar la guardia cuando las fuerzas parecen disminuir y a buscar los recursos necesarios para continuar el camino.

Una imagen que ayuda a comprender esta realidad es la de un vehículo Ford 350 equipado con dos depósitos de combustible. Durante los viajes largos, como los recorridos a través de México, era posible utilizar un interruptor para cambiar de un depósito a otro cuando el primero se agotaba. Aunque el combustible de un depósito se terminara, todavía quedaba una reserva que permitía seguir avanzando.

De manera semejante, puede llegar un momento en que una persona sienta que ha agotado sus fuerzas y que ya no tiene capacidad para continuar. Sin embargo, la imagen de los dos depósitos recuerda que no siempre hemos llegado al final de nuestros recursos. Desde la perspectiva de la fe, Dios dispone de recursos espirituales y emocionales que pueden sostenernos cuando sentimos que nuestras propias fuerzas ya no son suficientes.

La clave consiste en aprender a recurrir a esa provisión. Al comenzar cada día y contemplar los desafíos que tenemos por

delante, necesitamos activar ese interruptor interior y acudir a los recursos que Dios ha dispuesto para seguir adelante. No se trata de negar el cansancio, sino de reconocerlo sin permitir que determine por completo el desenlace de nuestra historia.

La gracia de Dios es presentada como suficiente para sostenernos al final de una jornada y también al final de la vida. La meta es completar la carrera y llegar hasta el final con fidelidad. Cuando una persona considera que ha entregado su vida a aquello en lo que cree y ha perseverado en sus compromisos, puede mirar la muerte no solamente como una derrota, sino también como una victoria después de haber terminado su recorrido.

Por qué todo debe hacerse con amor genuino

Existe una diferencia importante entre hacer las cosas por amor y hacerlas con amor. Actuar por amor puede comenzar con buenas intenciones, deseos sinceros y entusiasmo por un proyecto. Sin embargo, las intenciones iniciales pueden debilitarse ante la rutina, las decepciones, las tristezas, los fracasos y las traiciones que aparecen con el paso del tiempo.

Las buenas intenciones pueden disiparse como la niebla de la mañana cuando sale el sol. Lo que al principio parecía una decisión firme puede perder fuerza cuando llegan las dificultades y el entusiasmo deja de ser suficiente. La vida es lo bastante larga como para poner a prueba los proyectos personales, laborales, familiares y espirituales que se inician con grandes expectativas, pero sin una base sólida que permita sostenerlos.

La imagen del gallo de Morón ilustra el peligro de comenzar con un gran despliegue de recursos y capacidades y terminar

sin fuerzas, como quien acaba desplumado. Esta situación puede reflejarse en personas que empiezan el matrimonio, la crianza de los hijos o el servicio a Dios con entusiasmo, pero que, después de enfrentarse a los desafíos cotidianos, pierden la capacidad de mantener sus compromisos.

El propósito es evitar que el desgaste de la vida nos convierta en personas dominadas por la queja, la amargura y la decepción. En su lugar, se nos invita a desarrollar un corazón capaz de resistir los golpes, las dificultades y las traiciones sin perder su capacidad de amar.

Cuando las acciones se realizan con amor, las experiencias dolorosas pueden convertirse en cicatrices que no gobiernan el presente. El recuerdo de lo vivido permanece, pero deja de ser una fuente constante de amargura, rencor u odio. El amor no borra necesariamente las heridas ni elimina el dolor, pero puede impedir que esas experiencias destruyan el corazón o determinen nuestra manera de tratar a los demás.

A lo largo de la vida habrá personas que no valoren nuestros esfuerzos, que nos decepcionen, que nos traicionen o que decidan abandonarnos. No siempre recibiremos el reconocimiento que esperamos, ni todos responderán con la misma fidelidad con la que nosotros intentamos actuar. Sin embargo, un corazón que ama y permanece puesto en Dios puede mantenerse firme hasta el final.

Por eso, el mensaje final de Pablo a los corintios adquiere una importancia especial: todas las cosas deben hacerse con amor. No basta con comenzar motivados ni con actuar impulsados por buenas intenciones. El desafío consiste en mantener el amor como fundamento de nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestro servicio, incluso cuando la vida se vuelve difícil.

Una oración para sanar las heridas y terminar con fidelidad

La reflexión concluye con una oración por quienes atraviesan momentos de desánimo, enfermedad, cansancio interior o decepción ante la vida. Hay personas que, después de recibir heridas profundas, han perdido la capacidad de confiar en los demás y se han vuelto escépticas ante cualquier muestra de bondad. Algunas llegan a pensar que ya no queda nada puro, verdadero u honesto en el mundo.

En medio de esa realidad, el Señor es presentado como la perla de gran precio, el tesoro, el regalo de Dios, el modelo a seguir y el amor hecho carne. Esta imagen dirige la mirada hacia Cristo como fundamento de esperanza para quienes sienten que las decepciones han debilitado su capacidad de creer.

La oración pide que el Señor se revele a las personas, las fortalezca y traiga sanidad a sus cuerpos y a sus almas. También expresa el deseo de que puedan mantenerse firmes frente a las presiones, los conflictos y las dificultades del mundo actual, sin perder la fe ni abandonar aquello que han recibido de Dios.

La petición final es que el Señor sostenga a su pueblo como un pequeño rebaño en medio de las dificultades. Se trata de una invitación a perseverar, a confiar en Dios y a continuar caminando aun cuando el cansancio y las heridas parezcan haber agotado las fuerzas.

El epílogo de una vida no se construye únicamente con grandes logros o momentos extraordinarios, sino con la manera en que una persona permanece fiel a lo largo del tiempo. Velar, mantenerse firme en la fe, actuar con valentía, renovar las fuerzas y hacer todas las cosas con amor son enseñanzas que orientan ese recorrido. La meta no consiste simplemente en empezar bien, sino en llegar al final con un corazón que, a

pesar de las pruebas, siga confiando en Dios y conservando su capacidad de amar.